

# Sin novedad en Teverga, mi general

■ En el pueblo estamos orgullosos de que Gonzalo González, amigo de la infancia, haya ascendido al cargo de la Guardia Civil



Celso  
Peyroux

Lágrimas me cuestan estos renglones, general. ¡Qué misterio éste el del país del llanto! Resbalan por las mejillas, cual lluvia perfumada de brezo y manzanilla: el gozo, el dolor, el recuerdo, la labor bien hecha y el dulce sabor de la melancolía. ¡Qué buenos fueron los aires de León y los vientos de Asturias mezclados en una hermosa simbiosis! Raíces. Profundas y nobles en ambas tierras. Muy humilde la cuna con prole de hermanos. Juegos infantiles, estudios, puntapiés al balón en La Pumariega, cercano al cuartel. Tu dribling bueno —mejor el de Néstor—, tu carrera rápida, pero era más veloz Gelu Callejina; tu pegada dura, pero más fuerte la de Pepín Alonso; sin embargo, el buen juego distribuido y la jugada maestra salían de ti, de Juna y Pepito. Eras bueno en todo y, por si fuera poco, a Pitágoras lo dominabas como nadie,

general. El «number one» en tu promoción y en el recorrido de tu destino. El más joven teniente de la Guardia Civil. El óptimo.

De casta te venía el verde y de verde te ves rodeado entre estos valles. Luego por «la secreta escala» (San Juan de la Cruz) fuiste ascendiendo por méritos propios. Misiones externas a favor de la paz y de los necesitados, y llegó el gran día, general, en que tocaste lo más alto. El primero de estos valles. Franja del color del cielo para ser y estar en el Estado Mayor y más de treinta medallas y condecoraciones sobre tu pechera.

Orgullosos estamos. Sobia se muestra iluminada con tu estrella y desde allí Néstor nos sonríe. Herminio y Baltasara —gente buena donde las hubo— gozan desde el cielo con su hijo y de él presumen ante la Magdalena y la Milagrosa, Señoras de la capilla de Entrago.

Aquí te esperamos para verte jugar a las cartas. Siempre. Uno de los nuestros. Gente del pueblo. Tu amor por nuestros valles. Algo tienen de magia y sortilegio. La gente que se va nunca nos olvida y regresa más temprano que tarde.

Aquí uno más, como a ti te gusta. Una mirada al cielo, otra a Sobia y luego el «subastao» nocturno con los contertulios de siempre: Pepe Carrea, Andrés, Castorín, Luis María, Narciso, Laureano y otros.

Algunas voces vehementes más que discusiones y vuelta a la calma pintando oros.

Por aquí todo igual, general. Demasiado sosiego. Se cerraron las minas y todo se acabó. No se oye ni el murmullo del viento y apenas una voz infantil. Demasiadas sombras, aunque en Valdecezeales se ve, de cuando en cuando, una luz al final del túnel. Las aulas de la Colegiata —donde se fueron abriendo tus luces del entendimiento— se arrodillan y se vienen abajo ante la desidia popular y de los políticos; el Camín Real de Las Paradiellas lo han convertido en una autovía innecesaria; no existe la noche, con cientos de bombillas que derrochan luz y dinero mal gastado; la plaza del Doctor Miranda se convirtió en una plaza de toros y la belleza arquitectónica del «hospitalillo» semeja a un buque varado; la resiliencia para nuestros ancianos es

*Por aquí todo igual, general. Demasiado sosiego. Se cerraron las minas y todo se acabó. No se oye ni el murmullo del viento y apenas una voz infantil*

un bello lugar de reposo y meditación; en el colegio no llegan a cuarenta los niños matriculados; hay mucha gente los lunes al sol y los jóvenes hace algunos años que comenzaron una diáspora anunciada.

Por lo demás, general, todo sigue igual. Habrá caras nuevas —que falta nos hacen— en la Corporación por mayo y otros políticos en el Parlamento regional, aun más necesarios. Mientras llegan tiempos mejores, aquí estamos viéndolas venir capeando el temporal que siempre se acerca por Santa Cristina o a la espera de un sol naciente y esperanzador que todas las mañanas aparece por Sobia. No nos podemos quejar, general, viendo lo que ocurre por tie-

rras de Zipangho, donde la tierra y la mar se enojaron con los seres humanos, y la hambruna y miserias que acechan todos los días a los niños haitianos y del África negra. ¡De qué nos quejamos! Es necesario revisar el «Estado del bienestar», repartir lo que tenemos y mirar para atrás, donde se van quedando marginados muchos de los nuestros.

Enhorabuena, general, mi general, en nombre mío y de las buenas gentes de estos valles que saben de ti y tú de ellos. La semblanza de cronista toca a su fin, pero con el milagro de la primavera y la rama verde del olmo seco de don Antonio Machado.

Tu nombre, general, quedaba para las líneas postreras por aquello de que los últimos siempre serán los primeros. Pero pienso que no es necesario. Es el mismo que llevaba el «Gran Capitán». El que tú portas con orgullo junto a tu divisa de respeto, tolerancia, paz y convivencia. Que la luz brille en tu corazón, como tu mirada ilumina los nuestros.

Sin novedad en Teverga, mi general.



## Teverga está de luto, mi general

Gonzalo González ha fallecido cuando aún le quedaban otras dos estrellas para añadir a su uniforme

Celso PEYROUX

«Lágrimas me cuestan estos renglones, general. ¡Qué misterio éste el del país del llanto! Resbalan por las mejillas, cual lluvia perfumada de brezo y manzanilla: el gozo, el dolor, el recuerdo, la labor bien hecha y el dulce sabor de la melancolía».

Con estas palabras daba comienzo un artículo a finales de marzo del pasado año titulado «Sin novedad en Teverga, mi general», congratulándome, junto al pueblo tevergano, del ascenso de mi querido amigo Gonzalo González al empleo de general de la Guardia Civil. Había sido un día hermoso porque su trayectoria en el cuerpo de la Benemérita se veía coronado y culminado con el generalato, luego de haber sido el número uno de su promoción y oficial del Estado Mayor.

La tarde del miércoles, en la que conocí su fallecimiento en Madrid, tras una penosa y veloz enfermedad —cuyo signo se contempla en el zodiaco—, el misterioso país del llanto no fue de júbilo sino de dolor por la pérdida del amigo querido; de una vida

quebrada en plena juventud cuando aún le quedaban otras dos estrellas, al menos, para añadir en la bocamanga de su uniforme y la continuidad de la noble y bella tarea que venía desempeñando. Hombre admirado y reconocido en el Cuerpo por su saber hacer, su inteligencia puesta al servicio de los demás, su generosidad y sobre todo el humanismo que desplegaba en todas sus actividades.

«... Temprano madrugó la madrugada...», recordando los versos de Miguel Hernández a su amigo del alma —«con quien tanto quería»— Ramón Sitgé y también yo me quedo sin aliento al conocer tu pérdida. Qué va a ser de nosotros sin tu presencia por Teverga. Hijo del pueblo y para el pueblo. Estuve largo rato mirando para Sobia con sus laderas nevadas y un cúmulo de nieve más espeso que en el resto de las faldas se hacía notar en el mismo lugar donde dejamos las cenizas de Néstor. Por Fenestrada había una nube negra que nada tenía que ver con el día luminoso y despejado con la luz que venía a raudales de tu León querido. Fue como un



Gonzalo González.

presagio. Un auspicio que no supe entender; tal vez que no quise hacer mío.

Hoy sí hay una novedad en Teverga, mi general. Te me has

muerto teniendo aún la vida entre las manos y una mirada de ilusiones por delante. Va a resultar difícil no verte echando la partida al subastao en Casa de Aladino,

en Casa de Laureano o en la taberna de Narciso con los tuyos, con los de siempre. Ésta sí que es una terrible novedad, mi general. Quedarnos sin tu sonrisa será duro. Que se lo pregunten a Zapico, a Jamín y a otros amigos y verán las caras de dolor y de susto que se han depositado en sus mejillas.

A mediados de diciembre y en Madrid, no sabía que iba a perder te para siempre. Jovial, alegre y elegante, junto a tu Matilde querida, habías asistido a la presentación del libro de Haití y allí te impregnaste del dolor del pueblo caribeño. Conociste al Padre Ángel, a Diego Carcedo y a otros amigos que asistieron al acto y fuiste feliz durante el tiempo que duró. De haber sabido que era el último encuentro en nuestras vidas no te hubiera dejado marchar. Me hubiera aferrado a ti como lo hace la hiedra que escala amorosamente las piedras del palacio de Entrago, como la niebla que baja a borbotones desde La Siella al Cébrano.

Enhorabuena, general, mi general, por todo cuanto has sido y el hermoso legado que nos dejas. Agua cristalina como la del «van-zao» y la fontana de Bichareche. Un espejo como el del lago de las columnas y cañaveras. El viernes te dejaremos en Saelices, para el descanso eterno, junto a los restos de Herminio y Baltasara, tus queridos y recordados padres.

La necrológica del cronista y amigo toca a su fin, con el milagro de la primavera de don Antonio Machado, pero todos te recordaremos con el mayor de los afectos y tu estrella estará siempre luciendo en los cielos teverganos.